

mente por él para que crezca y se fortifique y viva en el Señor. Hacedme presente á todos los oficiales.»

## LXXIII.

Prósperos iban los negocios de Cromwell en aquellas circunstancias, y todo parecia conspirar en favor de su encumbramiento y de su gloria. Empero siempre atribuía las grandezas de la república, en vez de apropiárselas, al cielo, sin que haya sido posible hallar la menor huella pública ó privada en su vida que sea parte á dejar entrever siquiera el propósito de afirmar su poder y de robustecerlo por medio de un cambio en su denominacion y en la manera de condescendencia voluntaria que sujetaba en absoluto á su voluntad así el Parlamento como el pueblo y el ejército. La historia, por el contrario, á cuya escrutadora mirada no escapa cosa ninguna en el trascurso del tiempo, y que revela sus descubrimientos á la posteridad, sólo ha podido inquirir que Cromwell experimentaba entónces invencible aversion á encumbrarse más de lo que ya estaba. Y como es evidente por otra parte, á juzgar de sus propias palabras, que no seguía rumbo alguno sino aquel que á su parecer le trazaba la voluntad divina por medio del oráculo interior, y ni Dios ni el oráculo se habian explicado claramente aún en favor suyo, así se hallaba dispuesto á bajar como á subir, y esperaba la inspiracion ó el mandato para ejecutarlo sin más tardanza y con igual obediencia en ambos casos. Poco tardaron la movilidad natural del pueblo y la creciente y ambiciosa impaciencia del ejército en sugerirle con la

inspiracion el mandato de lo que debía poner por obra.

En efecto, sentíase la Inglaterra fatigada ya del Parlamento largo, y había comenzado á denominarlo con apodos á cual más despreciativo: que por tan grotesca manera sentenció el pueblo á muerte los poderes que se le antojan odiosos. Ni podía tampoco ser de otra suerte, pues lo hacía responsable de las declamaciones de los puritanos, de las hipocresías de los santos, de la impopularidad de los demagogos, de las locuras antisociales de los niveladores, del asesinato del Rey, inicua y sacrilegamente sacrificado, de los remordimientos que agitaban la conciencia pública, de los impuestos, gabelas, muertes y desgracias ocasionadas por la guerra civil, y de la tiránica dominacion ejercida por sus individuos durante cinco años sobre la masa general del país; tiranía más insoportable por ser anónima que hubiera parecido siendo impuesta por un hombre grande y famoso. Y si á esto se añade que Cromwell tuvo el arte ó la fortuna de realizar actos mientras los diputados peroraban, de popularizar su nombre y encumbrarse mientras ellos se hundían en la opinion, y de asumir la gloria de los hechos militares, dejándoles solamente la responsabilidad de los crímenes, fácil será comprender que, aun no alcanzándoseles mucho el desprestigio en que habían caído, bastó que lo advirtieran para intentar el desagravio revolviéndose contra su señor. Comenzó entónces la conjura por cinco ó seis grandes republicanos, recelosos como la libertad, los cuales se propusieron perder á Cromwell; y como los discursos de Vane, su orador más principal, fueran dirigidos á poner en tela de juicio la autoridad militar, y el auditorio los acogiera con señaladas muestras de

aprobacion, y tan significativas demostraciones se antojaran amenazas al ejército, presintiendo sus caudillos el peligro, se reunieron en Londres y redactaron y firmaron á porfia un memorial dirigido al jefe de todos, pidiéndole la disolucion del envilecido Parlamento: que Cromwell, á quien tantas veces han acusado de haber sido inspirador del memorial, ninguna intervencion tuvo en él; y esto es obvio, pues nunca fué necesario infundir ambicion á los generales y despotismo á los soldados.

Pero volviendo á la peticion del ejército, diremos que se hallaba redactada en términos amenazadores; que la lucha podia estallar espontáneamente la hora ménos pensada entre las tropas y la Cámara, y que así la victoria de los unos como de los otros acaso fuera eficaz á reducir á Cromwell á la nada. «Mucha cuenta con esto,—le dijo por lo bajo Bulstrade, familiar suyo, mientras leian el papel los oficiales;—mucha cuenta, que la cosa es grave, y necesario evitar la propaganda de lo que ahí se trasluce.» El Protector, no obstante, nada contestó de momento sino es que agradecia el celo demostrado en aquella circunstancia por los oficiales en bien de la patria. Pero la noche y la reflexion lo aconsejaron, y comenzó por intentar un acomodo entre la milicia y el Parlamento en varias pláticas que tuvieron lugar á presencia suya. Nada resultó provechoso de aquellas vistas, pues el Parlamento colmó la medida de sus exigencias, formulando la pretension de perpetuarse por medio de una junta permanente compuesta de cierto número de individuos de su seno, la cual podria validar ó no, en la medida de su voluntad, todas las elecciones futuras.

«¡Ya esto es demasiado!»—dijo Cromwell, al te-

ner conocimiento de una exigencia tan desaforada, y en cuya virtud se proponia la Cámara poner de manifiesto á los ojos del país su omnipotencia presente y porvenir.

Era el 20 de Abril por la mañana, y Cromwell se paseaba en su cuarto, vestido de negro y con medias grises, cuando hé ahí que sale de aquel modo, diciendo á cuantos encuentra en el camino:

«¡Eso no es justo ni honrado, ni siquiera lo parece!»

Al pasar por una sala donde se hallaban reunidos varios oficiales de la guardia, le dijo á uno que fuese con trescientos hombres á Westminster y ocupara todas las avenidas del palacio. Hecho esto, entró él en el salon, tomó asiento en su antiguo escaño y guardó silencio, escuchando en apariencia los discursos que se pronunciaban. Hablaban en aquellos momentos precisamente oradores republicanos y parlamentarios en favor del *bill* que debia amparar la perpetuidad de su poder por medio de las omnimodas facultades que les concedia sobre las futuras elecciones. Terminada la discusion, y cuando sólo faltaba votar, como si hubiera estado esperando el momento preciso de sorprender y castigar á la Cámara en flagrante delito de iniquidad y de tiranía, alzó la cabeza que tenía descansando en las palmas de las manos, é hizo una seña para que viniese á su lado á Harrison, su más furioso sectario. Harrison obedeció. Aun pasó Cromwell en silencio un cuarto de hora, trascurrido el cual, y como cediendo á pesar suyo á una fuerza interior tan poderosa é incontrastable que avasallase las facultades todas de su alma, dijo á su amigo: «Siento que ha llegado la hora,» y levantándose se dirigió hácia la Presidencia, puso el sombrero sobre la mesa y pidió la

palabra, en medio del silencio y estupefaccion de sus colegas.

Como de costumbre, su oratoria fué aquella vez lenta, incoherente, torpe, vaga y llena de circunloquios, paréntesis, apartes, repeticiones y oscuridad; y á vueltas de grandes rodeos y nebulosidades que aumentaban la confusion del discurso, comenzó á elogiar tanto los servicios hechos por las Cámaras á la libertad, á la conciencia humana y á la patria, que admirados los parlamentarios, y acaso él mismo, esperaban oír de sus labios conclusiones conformes al decreto que se disponian á votar. Rumores de aprobacion partian de los bancos republicanos al fin de cada periodo, y en los rostros de todos se reflejaba la satisfaccion interior producida por la tendencia general de su razonamiento, cuando hé aqui que de repente, como si el acceso de cólera largo tiempo combatido en vano dentro de su alma, hubiera trastornado sus pensamientos y trocado sus palabras en el instante mismo de salir de los labios, se detuvo, y mirando de una manera despreciativa y amenazadora á los cincuenta y siete individuos de la Cámara que aquel día constituian el Parlamento, pasó sin transicion de la lisonja al ultraje; les recordó las malas acciones, las bajezas, miserias, infamias y servilismos cometidos por ellos, y despues de acriminarlos y escarnecerlos así por su soberbia como por su degradacion, los reprobó y maldijo en masa en nombre de Dios y del pueblo.

Al oír tan extrañas inectivas sin preparacion ni antecedente alguno, y sobre todo despues de las adulaciones del exordio, los parlamentarios se indignaron contra Cromwell y comenzaron á protestar de su conducta. El Presidente, digno en aquella

circunstancia del cargo que desempeñaba por su esfuerzo, le retiró la palabra, y Westword, uno de los republicanos más ilustres é imponentes por su carácter, pidió que fuera llamado al órden, añadiendo:

—«Ese lenguaje tan inesperado es como culpable, sobre todo en boca de un hombre dueño ayer todavía de nuestra confianza omnimoda, y á quien hemos honrado condecorándolo con las funciones más elevadas de la República; de un hombre que...»

Pero Cromwell no lo dejó concluir.

—«Basta! basta de palabrería,—gritó el Protector.—Ahora mismo voy á poner término á este ruido y á hacer que callen tantos charlatanes.»

Y adelantándose al medio del salon, se cubrió con altivo ademan, dió una fuerte pisada sobre las baldosas del pavimento, y prosiguió en el mismo tono:

—«Ya no sois nada! ¡Ni un instante más sereis diputados! ¡Vuestra mision ha concluido! ¡Fuera de aqui! ¡Dejad esos asientos á quienes los ocupen más dignamente que vosotros!»

## LXXIV.

A estas palabras, y advertido Harrison por una seña del General, sale del salon y vuelve al instante seguido de treinta veteranos de las guerras civiles pasadas, que rodean á Cromwell con sus armas. Habian sido alistados por el Parlamento; pero á la voz de su caudillo no vacilan un punto en volver sus espadas contra el alto Cuerpo que se las confió

para fines muy diversos: nuevo y elocuentísimo ejemplo de que desde los tiempos de César los ejércitos permanentes son incompatibles con la libertad.

—«¡Miserables!—añadió entonces Cromwell, como si la violencia sin el ultraje no hubiera parecido bastante á la cólera de que se hallaba poseído;—y teneis valor de llamaros Parlamento, no siendo sino una cuadrilla de borrachos y perdidos?

»Tú,—dijo, señalando con el dedo á uno de los más viciosos, á tiempo que pasaba delante de él al salir de la sala;—tú eres un borracho! ¡Y tú, canalla, eres un adúltero! ¡Y tú (á otro), estás vendido y tomas dinero por tus discursos!... ¡Y todos vosotros sois tan escandalosos, que dais vergüenza!... Y siendo así, ¿os atreveis á llamaros Parlamento del pueblo de Dios? ¡No por cierto! A la calle todos, y que nadie se acuerde nunca siquiera de vuestros nombres. ¡El Señor os rechaza de su seno!...»

Ultrajados del modo expuesto, fueron saliendo del salon unos en pos de otros los individuos de la Cámara, éstos de su propio movimiento, aquéllos asidos de los guardias, y cuando ya no quedaba ninguno en los escaños, se volvió Cromwell hácia la mesa en que yacía la maza de plata, símbolo venerable del poder parlamentario, y tomándola en sus manos de una manera despreciativa, dijo riéndose á Harrison:

—«¿Qué hacemos con este sonajero? ¡Quitadlo de aquí!»—añadió, dándoselo á un soldado.

Y el soldado cogió la maza y salió del salon de sesiones con ella al hombro.

Viendo Cromwell entonces detras de sí en su asiento al presidente de la Cámara, que, fiel á la dig-

nidad de su oficio y al respeto debido al poder parlamentario, no se movia:

—«¡Baja de ahí!»—le gritó el Dictador.

—«No haré tal cosa,—le replicó Lenthall,—á ménos que por la fuerza no se me obligue.»

Oido esto de Harrison, se dirige al heroico Presidente y lo expulsa.

Cuando el salon quedó desalojado de todos, Cromwell cerró sus puertas y se llevó las llaves.

«Ni siquiera ladró un perro en Lóndres con este motivo,» escribia Cromwell poco despues del suceso. Y aconteció así porque fué tan poderoso para destruir el Parlamento largo, como impotente para edificar, y porque la guerra civil que suscitó habia producido el mismo resultado de siempre, á saber: sustituir el ejército al pueblo, y crear una dictadura en vez de un gobierno, sometiendo el derecho á la fuerza, y trocando la patria por un hombre.

## LXXV.

Aquel hombre no era otro que Cromwell, en quien se habia personificado la patria, porque siempre los pueblos atribuyen á los individuos aquellos acontecimientos en los cuales participan arrastrados de la fuerza misma de las cosas, suponiéndoles despues ambicion, premeditacion, astucia y combinaciones reflexivas y lentas, cuando acaso el éxito de sus empresas fué obra de la casualidad. Esta regla general puede aplicarse perfectamente al caso particular de Cromwell, pues todo indica de una manera clara é indudable que no premeditó su atentado contra la Cámara de los Comunes, que se vió indu-

cido á cometerlo por las corrientes de la opinion pública, por el curso general de los sucesos, y por el rumbo que habian tomado pueblo y ejército, y que la causa determinante del hecho, la fuerza que lo produjo en el momento preciso, no fué otra que aquella interior que Sócrates llamaba su demonio, César su consejo, Mahoma su ángel Gabriel, y Cromwell su inspiracion; divinidad de los grandes instantos que lleva el convencimiento al espíritu y marca la hora en el reloj del tiempo. En efecto, los laboriosos esfuerzos que realizó Cromwell para conciliar el Parlamento y el ejército; el Parlamento nuevo que convocó al dia siguiente de disuelto el antiguo, y al que devolvió íntegro el poder legislativo sin reservar siquiera para sí la sancion de las leyes; y, por último, hasta la conferencia celebrada en su casa con los consejeros de su politica, poco ántes del suceso, demuestran que la explosion se produjo espontáneamente y que no fué obra del cálculo y prevista. Y como se ocuparan los reunidos en aquella conferencia en hallar entre los despojos de la monarquia destruida las bases de una Constitucion cuyo desarrollo habria de confiarse al Parlamento, estando presentes Cromwell, Harrison, su seide, Desborow, cuñado del Protector, Oliver, su primo, Witlocke, su amigo, Widrington, orador eminente de la Cámara de los Comunes, el presidente del Parlamento, Lenthall, y varios otros oficiales ó diputados, republicanos de cuenta por su talento ó ilustracion, dijo Harrison:

—«Hemos de tratar en esta reunion, de acuerdo con el General, acerca de los medios más conducentes y eficaces á organizar un gobierno.

—;El asunto es grande y difícil, en verdad!—exclamó Witlocke;—pero ante todo se hace necesario

saber si hemos de constituir una república neta ó mezclada de elementos monárquicos.

—Eso es,—repuso Cromwell;—¿estableceremos una república neta, ó corregida por ciertos principios de autoridad monárquica? Y si nos inclinamos á esto último, ¿á qué manos fiaremos el poder recabado de la monarquía?

Widrington se mostró partidario de una forma de gobierno mixto que participara de la libertad republicana y de la autoridad monárquica, cuyo ejercicio se confiase á uno de los hijos del Rey decapitado por ser así de justicia. Widrington, adulador de suyo y de carácter tímido, no hubiera propuesto ciertamente la solucion indicada, y ménos todavía en presencia de Cromwell, á sospechar siquiera en el dictador el más leve síntoma de ambicion personal, seguro de que nunca lo habria perdonado.

—«Negocio grave y de mucho empeño es el que se discute,»—dijo Fleetwood, sin añadir más palabra que lo comprometiera.

El lord canceller Saint John manifestó que, á su parecer, á ménos de minar todo el edificio de las antiguas venerandas leyes de Inglaterra, y de romper con todas las tradiciones nacionales, era indispensable atribuir esta parte de poder monárquico á cualquier gobierno que se fundara, «porque sería, en efecto, extraña confusion y amalgama de cosas contrarias, establecer entre nosotros un modo de ser que no revistiera más ó ménos carácter tradicional.»

Desborow, deudo de Cromwell y militar de profesion, dijo, cuando llegó su vez, que no alcanzaba por qué no habia de poder regirse la Inglaterra por instituciones republicanas como tantos otros pueblos antiguos y modernos.

El coronel Walley se inclinó tambien á favor de

las instituciones republicanas, y añadió estas palabras para dar más fuerza tal vez á su parecer: «El hijo mayor de nuestro Rey se halla en armas contra nosotros; su hijo segundo es asimismo enemigo nuestro, ¡y, sin embargo, deliberamos en orden á formas de gobierno!»

—«Pero el duque de Gloucester—le replicó Wídrington—está en nuestras manos, y aún es demasiado niño para pensar siquiera en sublevarse contra nosotros, y estar inficionado de los pestilentes principios de nuestros enemigos.

—Podemos también citar á los dos hijos mayores del rey Carlos para que comparezcan en el Parlamento, y discutir con ellos las bases de un gobierno libre y monárquico,—dijo Witlocke, sin temor de ofender á Cromwell.»

El cual, silencioso hasta entónces é impasible, hizo uso de la palabra para decir:

—«Ciertamente que sería, señores, una negociación muy difícil la propuesta por Witlocke, aunque no imposible, y que acaso conviene á nuestros derechos políticos y religiosos, con tanto más motivo cuanto que me hallo persuadido de que una Constitución libre con fuerte dosis de principios monárquicos salvaría la patria y la religión.»

Ningun acuerdo se tomó en la junta, sin embargo. Pero bien claro pudo verse que Cromwell se inclinaba en aquella ocasión á favor de la democracia consolidada por obra del prestigio monárquico que le daría uno de los hijos del difunto Rey; forma de gobierno que le hubiera permitido ejercer durante largo tiempo la tutela de un niño, siendo al propio tiempo prenda segura para el país de la pacífica y tranquila trasmisión de un poder nacional, libre y estable.

## LXXVI.

Se reunió entónces un consejo enteramente formado por Cromwell de sus partidarios y amigos más resueltos, y constituyó el gobierno en República bajo un *Protector*, depositario vitalicio del poder ejecutivo. Este y el Parlamento, árbitro y dueño del poder legislativo, constituyeron el sencillo mecanismo de la organización política de Inglaterra; verdadera dictadura con nombre amable y especioso, y que ocultaba la servidumbre y la omnipotencia bajo el manto de la confianza y de la igualdad. Cromwell asumió en su virtud todas las atribuciones del rey, hasta la de disolver el Parlamento y de apelar á la nación de su conducta en caso de conflicto entre ambos poderes. Además, poseía Cromwell la facultad casi dinástica de nombrar sucesor; y como tenía un hijo, ¿qué le faltaba si no era la corona? Sin embargo, demostró el Protector durante los diez años de su gobierno absoluto que distaba mucho de aspirar á ella, y que si se creía *elegido de Dios* por la inspiración para gobernar á su pueblo, no echaba de ver la misma privilegiada circunstancia en ninguno de su raza. De aquí también que no aceptara del pueblo sino aquello precisamente que imaginaba en su fe haber recibido de lo alto encargo de aceptar, esto es, su responsabilidad vitalicia, y que dejara lo demás á las divinas inspiraciones que pudieran suscitar á otros inspirados. Tanto fué así que, profundizando su conducta política, descubrimos en ella el carácter de la secta, porque, siéndole más difícil rehusar el título de rey que tomarlo, pues el Parlamento le habría dado el

trono con entusiasmo á trueque de librarse por tal manera de la tiranía del ejército, y éste á su vez por sacudir la tutela del Parlamento, no obstante, se negó á las sugerencias de ambos, siendo su abnegacion tan sincera como lo demuestran sus discursos pronunciados ante las nuevas Cámaras, y segun los cuales, léjos de aspirar á pomposas denominaciones y titulos sonoros, se disculpó del de Protector que las circunstancias le hicieron aceptar.

## LXXVII.

«Los individuos de la Cámara de los Comunes y del ejército que deliberaron,—dijo,—y no á presencia mia, en orden á esta Constitucion, no me comunicaron su proyecto sino despues que lo hubieron combinado libre y maduramente. Y aunque me opuse á sus reiteradas instancias de una manera pasiva, procurando vencerlas á fuerza de razones y de inercia, consiguieron al cabo demostrarme de tal manera que si no cambiaba la forma de gobierno todo se tornaria confusion, ruinas y guerras civiles en Inglaterra, que debí ceder en bien de la patria y tomar contra mi voluntad nuevo titulo. Todo ha ido perfectamente despues. Ni yo tampoco habia menester nada más, siendo lo que poseia suficiente para realizar los fines de aquellos que me obligaron á denominarme Protector; porque me hallaba dueño del poder arbitrario indispensable al ejercicio del mando supremo del ejército y de la nacion, y (séame licito decirlo) con el asentimiento de la milicia y del pueblo, si bien creo con toda sinceridad que hubiera sido aún más agradable á todos de continuar como ántes, que no con las facultades y atri-

buciones de que ahora estoy revestido. Pero apelo al testimonio de los individuos de esta Cámara, de los oficiales y del pueblo, á quienes consta cuánto he resistido recibir el nombre de Protector, para que hablen ellos por mí, y os persuadireis entónces que no se discutió en las tinieblas este asunto, sino á la luz del dia y con aplauso de la mayor parte del pueblo. Lo repito: no quiero ser creido bajo mi palabra, ni ser testigo tampoco en causa propia, sino que lo sea el pueblo inglés!... Y dicho esto, sólo me resta jurar fidelidad á la Constitucion, añadiendo que consiento, si faltó á esta promesa ó faltan otros por mi culpa, en que me injurien y escarnezan todos despues de muerto, dándome por sepultura los abismos de la infamia. Nos hemos arruinado y perdido—añadió—destruándonos en nombre de la libertad de Inglaterra; pero esta libertad, Dios, que no los hombres, podia otorgárnosla tal cual hoy la poseemos; como que ya no hay privilegios ante Dios ni los hombres. A vosotros corresponde ahora, señores, el ejercicio del poder legislativo en toda su plenitud y fuerza, y á mí la obligacion de obedeceros, de tal modo, que si no dierais oidos á las observaciones que pudiese hacer á las leyes discutidas en este recinto, sólo me restaria ejecutarlas.»

Cromwell cumplió fielmente la palabra empeñada; pero se reservó su *inspiracion* á manera de prerogativa, y por eso acaso siempre que vió despuntar en sus Parlamentos el espíritu de resistencia ó de bandería, ó que desmerecian en el concepto público por cualquiera causa ó en el suyo propio, sin vacilaciones ni escrúpulos los disolvía de igual modo que lo hizo con el llamado Largo.

## LXXVIII.

Los estrechos límites que nos hemos trazado a comenzar la presente biografía, nos obligan á prescindir en la narracion de los hechos secundarios de su gobierno, bastando á nuestro propósito decir que fué un interregno más fecundo y poderoso para Inglaterra que sus más grandes reinados, en primer lugar porque las facciones acabaron por rendir en él acatamiento al primero de los facciosos, y que nada es tan servil y bajo y fácil de manejar como las facciones vencidas ya y domesticadas. Y acontece así porque conteniendo generalmente su composición más insolencia que fuerza, y más pasión que patriotismo, cuando ésta les falta son á la manera de los globos aerostáticos, los cuales, si cuando van elevándose hinchados de gas parecen ocupar mucho espacio en la inmensidad y confundirse con los cuerpos celestes, al perder el aire inflamable que los llena, caen al suelo y puede sujetarlos la mano de un niño. Sin embargo, como el verdadero patriotismo y el verdadero espíritu de libertad no decayeron durante aquel eclipse de diez años sufrido por las facciones parlamentarias, enorgullecida la nacion inglesa con haber podido prescindir por tanto tiempo de sus reyes sin menoscabo de su dignidad, de su prestigio y de su fuerza en Europa, y sin sufrir los efectos de la guerra civil en el interior, pudo pensar en sus príncipes y llamarlos al trono, bajo condiciones tales y tan beneficiosas para el pueblo, que hicieron de la Inglaterra verdadera república representativa, con un *protector de régia estirpe y hereditario* por coronamiento; idea

grandiosa iniciada por Cromwell en la conferencia que celebró con sus amigos, y de la cual ya hemos dado cuenta. Cromwell, por su parte, gobernó al modo de los patriotas que sólo piensan en la fuerza y grandeza de su patria, no al de los reyes que han menester de transigir con los partidos nacionales y los gobiernos extranjeros en bien de sus dinastías; teniendo además, merced á la omnipotencia de las repúblicas, la fuerza y el vigor necesarios para ejecutar fácilmente lo que hubiera excedido de los límites de la realeza: que las repúblicas son accesiones febriles de los pueblos, producidas por su vitalidad, y cuando se hallan invadidos de ellas, su energía se refleja centuplicada en sus gobiernos, que por esta causa ejecutan verdaderos prodigios capaces de asombrar la resolución de veinte monarquías; y siendo anónimas é irresponsables, acaban con el esfuerzo de todos revoluciones, transformaciones y empresas en que ningun príncipe sería osado á pensar siquiera.

Por tales medios venció Cromwell á un rey, domó la nobleza de Inglaterra, pacificó las turbulencias religiosas, dispersó á los niveladores, refrenó los Parlamentos, estableció la libertad de conciencia y la disciplina del ejército, creó la marina, triunfó en combates navales de Holanda, España y Génova, conquistó la Jamaica y colonias que llegaron á ser con el tiempo imperios poderosos, se estableció en Dunkerque, contrabalanceó la influencia francesa, obligó á los ministros de la juventud de Luis XIV á todo género de complacencias y alianzas con él, y, finalmente, por sí ó por medio de sus generales sujetó á la Inglaterra con vínculo tan fuerte á Irlanda y la Escocia, que realizó la unidad del imperio británico, merced á esta confederacion de



los tres reinos, cuyas discordias, luchas, alianzas y rivalidades fueron ántes gérmen constante de ruina y amenaza de muerte para la patria. La revolucion le dió su fuerza incontrastable para derribar el despotismo juntamente con las facciones y para fundar sobre las ruinas de uno y de otras el edificio de la nacionalidad, porque si bien todo se hizo en el transcurso de diez años y en nombre del Protector, en realidad tuvo lugar por efecto de la república, la cual se concentró, incarnó y disciplinó en él en virtud de sus proezas. Esto mismo habria podido suceder en Francia el año 1790 si la revolucion hubiera nombrado dictador vitalicio á uno de los grandes revolucionarios, animados de su fanatismo, tales como Lafayette, Danton ó Mirabeau, en vez de rendirse y someterse sin condiciones á un soldado para fundar sobre cimientos carcomidos nuevo imperio.

## LXXIX.

Una desgracia de familia oprimió el corazón de Cromwell en aquella época tan gloriosa y próspera de su vida, y le hizo verter lágrimas de dolor; muestra de sensibilidad verdaderamente rara en el hombre que vió impasible separarse de sus hijos al rey Carlos para ir al cadalso. Aludimos con esto á la muerte de su madre, mujer bíblica, progenitora de numerosa prole, fuente y origen de la piedad de sus hijos, inspiradora de sus virtudes y de su pasión inextinguible por la libertad religiosa de su secta, que pasó á mejor vida cuando contaba la edad de noventa y cuatro años, en la plenitud de sus facultades,

en el goce completo de la gloria humana, y sobre todo de la gloria celestial del más ilustre de sus descendientes, del Macabeo de su fe. Cromwell también se complacia en cultivar su trato y venerarla como raíz de su corazón, de sus creencias y de su destino.

«La madre del lord Protector—escribia por entonces (1654) Thurloe, secretario particular de Cromwell—falleció la noche pasada. Tenía cerca de un siglo. Pocos momentos ántes de morir mandó por su hijo, y al darle la bendición, que recibió él con muestras de grandísimo respeto, le dijo así: «Que no aparte nunca de tí el Señor sus ojos serenos y resplandecientes! Que te sostenga en la desgracia, y que te ponga siempre al nivel de las grandes cosas, cuya ejecución te confie para mayor gloria de su santo nombre y salud de su pueblo!... Hijo mío,—añadió, acentuando estas palabras con particular insistencia, porque la complacia ser madre de Cromwell;—hijo de mi alma: te dejo el corazón y el espíritu! Adios!»

»Y la noble anciana rindió el último aliento,—dice Thurloe.»

Cromwell rompió á llorar como quien pierde la luz que lo ilumina en sus tinieblas, guiándolo cual faro brillante á puerto seguro.

Su madre, que lo amaba por serlo, y que también lo veneraba por reputarlo elegido de Dios, vivía con él en el palacio real de White-Hall, sólo que lejos de las habitaciones principales, en una cámara sencilla y sin aparato, «no queriendo, decia, tomar para sí, ni tampoco para ninguno de sus demás hijos, la menor parte del fausto á que condenaba el Señor á Oliver;» fausto y grandeza que no eran en su concepto sino decoración pasajera de magnífica

posada, con la cual ni á ella ni á su familia convenia encariñarse.

Ni tampoco podia ser muy agradable la estancia en aquel palacio de los reyes á la madre amorosa; pues, aparte de que allí echaba siempre de ménos los goces campestres de su alquería de la tierra de Gales, era víctima en él de grandes inquietudes noche y dia. Porque la mala voluntad de los realistas, las rivalidades y celos de los republicanos, el resentimiento de los niveladores, el sombrío fanatismo de los presbiterianos, las venganzas de irlandeses y escoceses, y las conspiraciones de los parlamentarios, siempre fijas en su mente, le hacian ver cesar levantado sobre su hijo el puñal del asesino. Y tanto le preocupaba esta idea que, con haber sido muy animosa en otro tiempo, no podia oír la explosion de un arma de fuego en los patios de White-Hall sin estremecerse y correr á las habitaciones de Cromwell para cerciorarse de que su hijo estaba sano y salvo. El Protector hizo á su madre funerales de reina, en testimonio de piedad filial antes que de ostentacion, y dispuso su enterramiento entre las cenizas de los reyes y de los claros varones de Inglaterra que yacen sepultados bajo las bóvedas de Westminster, panteon famoso de las dinastías y de las glorias británicas.

## LXXX.

Años hacia que como no era él tampoco ajeno á estos recelos, llevaba puesta siempre una cota de malla debajo del vestido, y armas defensivas en los bolsillos, y mudaba con frecuencia de cama para no dormir muchas noches en la misma vivienda, y

defraudar así las traiciones domésticas y las conjuras militares: que al cabo sufría como todos los déspotas las zozobras y angustias propias de los tiranos, y lo abrumaba el peso de los odios que habia concitado contra su persona; pareciéndole indicio de insurreccion la más leve señal de disgusto que advirtiera en el ejército. Y como, segun que temia la rebelion en sus generales, así era con ellos amable ó severo, por eso frecuentaba el trato de Warwick, lisonjeaba con extremo á Fairfax, refrenaba continuamente á Ireton, se atraía no sin trabajo al republicano Fleetwood, á quien habia dado además por esposa una de sus hijas, irreconciliable adversaria de la dictadura, lo propio que su marido; alejaba de sí á Monk, y recelaba de las intrigas y popularidad de Lambert, caudillo que buscaba la mejor manera de improvisarse un partido que lo sostuviese, ya fuera entre los realistas ó los republicanos, ó los malcontentos del ejército; intrigas y popularidad que pusieron á Cromwell en el caso, para no indisponerse con el ejército, de compensar el mando que quitó á tan ambicioso personaje con dádivas pingües que lo sujetaron obligando su gratitud merced á la corrupcion. Pero se hallaban los partidos harto fraccionados en Inglaterra para osar asesinatos como el de César, pudiéndose decir, además, que Cromwell vivia porque ninguno de los diversos bandos que se agitaban á su alrededor estaba cierto de sacar ventajas de su muerte. El Protector tenia, empero, conciencia de su impopularidad y rubor de su ambicion, y sus diez discursos á los diversos Parlamentos del interregno demuestran sus esfuerzos á las veces humillantes para que le fuera perdonado el rango supremo que ocupaba. Y como no sería posible conocer bien al hombre sin

penetrar ántes el alcance de sus palabras de aquel tiempo, toda vez que su alma estaba en ellas, vamos á traducir algunas que sobrenadan en medio del revuelto mar de su oratoria, y parecen á punto de zozobrar entre remolinos de frases humildes ó imperativas; discursos incoherentes y oscuros, que así recuerdan al labriego elevado á la realeza, como al sectario guerrero que transforma en púlpito la tribuna para predicar á su pueblo despues de haberlo vencido.

## LXXXI.

«¿Dónde estaban otro tiempo,—dijo en su primer discurso al Parlamento de los tres reinos, reunido despues de la disolucion del llamado Largo;—dónde las libertades fundamentales de Inglaterra: la del ciudadano y la de conciencia, por las cuales así es bueno y justo combatir como por cualquiera de los mayores bienes que nos haya otorgado el Señor? No podia imprimirse la Biblia sin licencia del magistrado; lo cual era someter la fe y la conciencia del pueblo al criterio de las autoridades civiles, y negarle juntamente las libertades religiosa y civil, siendo ambas de tal naturaleza que le pertenecen por derecho propio en el hecho mismo de existir. Pues bien: ahora nadie sería osado á imponer restricciones á la fe.»

Y á seguida, tratando el asunto más como profeta que como político, fulminó terribles anatemas contra los *hombres de la quinta monarquía*, secta religiosa y política que anunciaba el reinado directo de Cristo, descendido expresamente á la tierra para go-

bernar por sí mismo á su pueblo, y muchos de cuyos parciales afirmaban haberlo visto ya incarnado en la persona de un jóven aventurero que se hacia obedecer y reverenciar bajo el nombre de Jesus.

Pasando luégo sin transicion á manifestar el gozo que sentia contemplando un Parlamento elegido libremente, añadió:

«Sí, señores; tengo delante de mí un Parlamento libre. Y puesto que así es como lo digo, hablemos un poco de nuestros asuntos.» Y comenzó entónces á referir con menudos detalles la marcha y el suceso de sus operaciones en Holanda, Francia, España y Portugal, despidiendo á seguida los diputados de una manera paternal, prometiéndoles que los tendrá presentes en sus oraciones, y encareciéndoles que se restituyan sin más tardanza y tranquilamente á sus casas para reflexionar en orden al buen gobierno de los negocios del país, que se proponia someter á su deliberacion.

En el discurso siguiente, habla con amargura del yugo que, mal de su grado, le imponia la patria, expresándose así:

«Os lo digo, señores, como lo siento: no tiene atractivo ninguno para mí el cargo que desempeño; pero esto no es nuevo para vosotros, pues harto lo he manifestado á todos cuantos me oyen ahora en otras pláticas. Tambien os he dicho que sólo una cosa deseaba, es á saber, la libertad, no sólo para mí, sino para los demas, de recogerme á la vida privada, prévia la aceptacion de mi renuncia, lo cual he solicitado con empeño una y otra vez. Y pongo á Dios por testigo de mis palabras. Que no miento, bien lo saben muchos de los que me oyen; pero, si así fuera, si yo faltase á la verdad afirmando esto que yo os digo, y que no pocos califican de mentira

pensamiento á tientas, encontrándolo, perdiéndolo y volviendo á encontrarlo, y que deja entretanto fluctuar hasta la desesperacion á su auditorio entre opuestos movimientos de piedad, de terror y de fastidio. Y esto es así, porque cuando el lenguaje de la tiranía no es conciso como la voluntad, es ridículo, y porque cuando la fuerza bruta pretende que los hombres adivinen cuyos son sus pensamientos ó discurre á presencia de senadores vendidos ó de ciudadanos esclavos, tropieza siempre y se enreda en los sofismas, ó remonta el vuelo hasta las nubes ó se arrastra en la trivialidad: que la única elocuencia de la tiranía es el silencio, porque no consiente réplica.

## LXXXIII.

Pero nunca resaltaron más estos caracteres de la oratoria de Cromwell que al contestar al Parlamento cuando por tres veces consecutivas, en 1658, le ofreció la corona. Fué la primera una comision que llevaba encargo de tantearlo familiarmente acerca de la oferta que se proponia el Parlamento hacerle. Su respuesta fué familiar tambien, y evasiva, porque no queria el título de monarca, y su conciencia y su inspiracion politica le advertian de que no por llamarse rey sería más poderoso ó invulnerable que denominándose Protector. Y como por otra parte no era osado á rehusar categóricamente la denominacion, porque sus generales, más ambiciosos que no él, querian forzarlo á ocupar el trono para comprometerlo de una manera irrevocable á la causa de sus conveniencias personales, y además, temia indisponerse con el partido militar

si se negaba en absoluto á ceñir la corona, y acaso que la ofreciera en defecto suyo á otro caudillo más temerario y ménos escrupuloso, fácil es comprender la perplejidad de su discurso, la turbacion de sus ideas y la nebulosa vaguedad de sus palabras: que nada ménos de ocho dias y mil circunlocuciones anfibológicas empleó el Protector para explicarse.

«Señores,—contestó á la primera comision confidencial del Parlamento;—he pasado la mayor parte de mi vida, si puedo hablar así, en los campos de batalla y en la lucha; pero si todas cuantas cosas me han sucedido desde que comencé á intervenir en los negocios públicos se reunieran y juntas me abrumaran con su pesadumbre al mismo tiempo, estad ciertos de que no me infundirian tanto sobresalto y temor y respeto juntamente como la perspectiva de lo que me proponeis y el título que me ofreceis. Lo único que me tranquiliza y sosiega en esta como en todas las crisis de mi vida pasada, es la consideracion y el convencimiento de que las mayores y más graves responsabilidades afrontadas por mí, me han sido impuestas siempre de una manera directa y sin participacion mia por la mano de Dios; siendo su divina voluntad la que me ha dado fuerzas para ejecutar sus mandatos, pues sin su auxilio evidente, habria sucumbido en la empresa. Por esta causa, si me atreviese á daros ahora mismo respuesta en órden á un asunto tan repentino ó inesperadamente propuesto á mi deliberacion, sin haberla sentido dar ántes dentro de mí por quien es mi oráculo y guía en todas las circunstancias, mis palabras serian tales, que tal vez pudieran pareceros, desacordadas, y desde luégo escasa y pobre muestra de mi prudencia. Porque aceptar ó rehusar

en este punto aquello que me ofreceis, fundándome para ello en razones de conveniencia personal, ántes parecería concesion á la carne que no al espíritu, y entónces mi encumbramiento debido á consideraciones de ambicion ó de vanagloria sería, no sólo para mí, sino tambien para mi familia y para el Imperio todo, un anatema; siendo mejor para mí en ese caso no haber nacido. Dejad, pues, que tome con espacio consejo del Señor y de mi propio espíritu: que yo prometo, si venís en ello, no dejar que influyan en mi determinacion ni los clamores de la muchedumbre, ni las ambiciones de quienes pudieran medrar con mi engrandecimiento, y daros en breve cumplida respuesta.»

## LXXXIV.

Tres horas despues, como volviera la comision para manifestarle que su respuesta era urgente, la dió tan confusa é ininteligible, que al leerla nos parece que lo vemos turbado y confuso cual dicen las historias que hubo de quedar César cuando rehusó con fingida sonrisa la corona de Antonino y de los soldados en el circo. No lo estaba en realidad, sin embargo, sino muy sobre sí, pues al cabo de cuatro dias y á vueltas de instancias reiteradas por parte de la Cámara y de aplazamientos respetuosos y cortesés por la suya, Cromwell acabó explicándose de una manera inteligible y clara en medio de un diluvio de palabras.

«La realeza—dijo en sustancia—consta de dos partes: del título de monarca, y de las funciones de la monarquía; estando además tan ligadas estas fun-

ciones en su raíz con nuestra legislacion antigua, que todas nuestras leyes caen si no hay en su aplicacion alguna parte de autoridad monárquica; y en cuanto al título de rey, no sólo implica en mi sentir el ejercicio del poder supremo, si que tambien autoridad divina. Por lo que á mí hace, no he menester decir que fui elevado al puesto en que me hallo para evitar gravísimos males y daños á mi patria, y que áun cuando no trato de discutir acerca del título de rey ó de protector, pues me hallo dispuesto á servirlos, no ya de una ú otra manera, sino hasta denominándome comisario de policia, que es, despues de todo, lo que soy, para mantener el órden y la paz en la parroquia, entiendo que no hay necesidad de investirme con el dictado de monarca..., pues al cabo, ese ú otro cualquiera nombre tanto monta como el de Protector...»

Y luégo prosiguió con humildad imposible de fingir:

«Debo añadir ahora unas pocas palabras en órden á mi persona. Cuando fui llamado por Dios y preferido á tantos otros que valian más que yo para ejecutar su mandato, ¿qué posicion era la mia? La de un capitán á las órdenes de mi digno amigo Mr. Hampden, cuyas prendas de carácter y virtudes cívicas nunca serán bastantemente alabadas. La primera vez que asistí con él á una batalla vi que nuestras tropas bisoñas, indisciplinadas, compuestas de hombres no nada temerosos de Dios, sufrían derrota sobre derrota, quedando vencidas siempre. Con permiso de Mr. Hampden las infundí entónces espíritu de celo y de piedad, y eduqué á los soldados en el santo temor de Dios. Desde aquel punto cada encuentro con el enemigo ha sido prenda segura de victoria. ¡Loado sea Dios! Pues bien, así sucede y así